

Lukas Bärfuss

Halcón

Traducción de Claudia Baricco



Adriana Hidalgo editora

Bärfuss, Lukas
Halcón / Lukas Bärfuss. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Adriana
Hidalgo editora, 2018
160 p.; 20 x 13 cm. - (narrativas)

Traducción de: Claudia Baricco.
ISBN 978-987-4159-35-9

1. Narrativa Alemana. I. Baricco, Claudia, trad. II. Título.
CDD 833

HALCÓN

narrativas

Título original: *Hagard*
Traducción: Claudia Baricco

Editor: Fabián Lebenglik
Diseño: Gabriela Di Giuseppe
Producción: Mariana Lerner

1ª edición en Argentina
1ª edición en España

© 2017 by WALLSTEIN VERLAG GmbH, Göttingen
Este libro fue negociado a través de Ute Körner
Literary Agent, Barcelona - www.uklitag.com
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2018
www.adrianahidalgo.com

ISBN Argentina: 978-987-4159-35-9
ISBN España: 978-84-16287-34-5

La traducción de esta obra fue subsidiada por
Pro Helvetia - Fundación Suiza para la Cultura.

Impreso en Argentina
Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

Esta edición se terminó de imprimir
en Altuna Impresores S.R.L., Doblas 1968,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, en el mes de marzo de 2018.

Para Muriel

Para mí es igual por dónde comience,
pues allí regresaré.

Parménides, Fragmento V

Hace ya demasiado tiempo que trato de comprender la historia de Philip. Quiero dilucidar el misterio que se oculta en ella. Una y otra vez fracasé y no logré descifrar el enigma de esas imágenes que me acosan, imágenes crueles y cómicas, como en todo relato en el que el deseo se topa con la muerte.

Sé todo y no comprendo nada. Conozco la sucesión de los hechos. Sé cómo comienza la historia, qué día y en qué lugar: es el puesto de *bretzels* delante de los grandes almacenes en la plaza Bellevue. Sé cuándo la historia llega a su fin, esto es, treinta y seis horas después, temprano en la mañana del jueves 13 de marzo en un balcón en alguna parte de los suburbios de la ciudad. También los sucesos que tienen lugar entre estos dos puntos están claros: la historia con el abrigo de piel, esa primera noche de frío en el coche, la billetera que no estaba, la urraca, el zapato perdido, el matemático japonés muerto: todo esto es sabido. Las circunstancias, empero, que hicieron posible los sucesos, permanecen ocultas. Y cuanto con mayor precisión aclaro los detalles, más se desdibuja el mundo en el que tuvo lugar esta historia. Podría pensarse que me ocurre lo que dice el refrán; pero el bosque, e insisto en esto, es sólo pura hipótesis, un sistema abstracto que no existe en la realidad. El bosque se reduce a meros árboles, exactamente

del mismo modo en que el cielo se reduce a planetas, estrellas y meteoros.

Tras mis fracasados intentos de hallar el hilo que une estas imágenes llegué a la conclusión de que no es tanto la historia en sí lo que no comprendo y que más bien de lo que se trata es de explicar en qué medida yo mismo me hallo implicado en ella, de descubrir qué me quieren decir estas visiones que me fascinan, me cautivan y a veces me han llevado hasta el límite de la locura. Mi existencia depende de esta historia, me persuado a mí mismo; y simultáneamente veo lo ridículo que soy y que no tengo nada que temer, que podría olvidarme de los sucesos de aquellos días de marzo y que no me ocurriría nada, que podría continuar con mi vida como hasta ahora. De hecho, sería mi salvación si pudiera reconocer que fracasé con la historia de Philip. Es demasiado grande para mí, aunque parezca tan simple. Es como si con cada intento me olvidara de algo, de un detalle imprescindible; como si perdiera un indicio que hubiera podido guiarme por la huella correcta. Sé cuántas veces lo juré y con ello me mentí como un bebedor que se miente conque es la última copa. Soy un jugador al borde de la bancarrota que pide que le den cartas por última vez: quiero aventurar un intento final; nuevamente haré revivir los sucesos y luego allí habrá quedado todo.

Mi propio deseo fue el que no me dejó en paz, sí. Yo también tengo mis obsesiones, claro está, y como todo

el mundo también prefiero guardármelas para mí. No porque me avergüencen, es sólo que algunas no encajan con la imagen que tengo de mí mismo y que ahora, en la mitad de la vida, coincide con la de mis congéneres: un hombre con muchas debilidades y aún más principios. Pero el eros no pregunta por las imágenes que tenemos de nosotros mismos; al contrario, a menudo parece como si intentara refutarlas. Todos tienen su lado oscuro, así se dice; entretanto he comprendido, sin embargo, cuán poco debe entenderse esto en la mayoría de los casos en relación con la moral, que lo oscuro no ha de equipararse a lo malo y lo luminoso a lo bueno. El lado sombrío es simplemente aquel sobre el que no cae la luz, y mucho tiempo me llevó comprender que de noche todos los gatos son efectivamente negros, esto es, que no sólo lo parecen, no: carecen de todo color. ¿A qué vino esto? Ah, sí: mis obsesiones. No puedo evitar pensar aquí en las confesiones de Rousseau, las que leí hace algunos años y que, si mal no recuerdo, comienzan diciendo que escribiré un texto absolutamente sincero sobre sí mismo, que no omitiré nada en forma intencional y que aquello sobre lo que no pueda referir nada será porque simplemente se perdió en el olvido. Y recuerdo cuán poco creí en la franqueza de su propósito; me parecieron bellas palabras; algo, como se dice, dicho de la boca para afuera, y desconfié del autor, hasta que comienza a hablar de sus preferencias sexuales. No recuerdo con qué palabras lo hace, lo único que sé es que aquello me llegó y que a partir de ese momento creí lo que decía.

¿Debería entonces, para hacer creíble mi relato, revelar mis perversiones?

Hay cosas en la historia de Philip que me resultan penosas, y no son los elementos abyectos, sucios y enfermizos que también se pueden encontrar en ella. Es la nimiedad de algunos detalles a la que no me puedo resignar. Muchas cosas suenan prácticamente irrelevantes y absolutamente banales. Así pues sería más fácil para mí si no hubieran sido esas bailarinas color azul ciruela las que hubieran atrapado la atención de Philip, zapatos chatos de lo más comunes hace ya tiempo no sólo reservados a las bailarinas. Que por poco dinero pueden comprarse en cualquier tienda, cosidos o pegados, con o sin moño en el empeine, de todos los colores posibles, en mate o en charol. Y el que en este caso fueran de cuero de becerro, finamente trabajadas y exquisitas no cambia nada en el hecho de que: al principio de esta historia lo que hay es un par de zapatos de mujer.

¿El principio? Ese es un tema. Nadie puede determinar con qué hecho comienza una historia. En el principio Dios creó el Cielo y la Tierra, así se dice, ¿pero qué hizo antes? Y haya sido lo que haya sido: ¿por qué no forma parte esto también del principio? Los físicos que sustituyen a Dios por el Big Bang replicarían que la pregunta es absurda, pues presupone la existencia del tiempo y antes de Dios o del Big Bang no había algo así. Los libros y las películas afirman tener un comienzo, pero lo cierto es que

después del primer principio ya no hay más principios. Y por ahora tampoco un final, si sirve esto de consuelo. Una cosa va fluyendo en otra; ahora bien, cómo se relaciona el final de una historia con el principio de otra es algo que permanece inaccesible al espíritu humano. Quien pretenda desentrañar la urdimbre de la realidad se enmarañará a sí mismo. Y a eso es a lo que me niego. Quiero resolver el enigma, pero no quiero volverme loco.

Soy un testigo de aquellos días de marzo y como testigo referiré sobre ellos, sin omitir ni falsear nada. Habrá cosas que me mostrarán bajo una luz poco favorable pero no me importa. Para resultar creíble podría omitir algo por aquí, inventar algo por allí. Pero no quiero. Mi obsesión, confieso, mi obsesión es la veracidad. Y suene tonto o no: fueron unas bailarinas color azul ciruela las que hicieron que Philip se pusiera en movimiento. ¿Por qué las siguió? Carezco de respuesta. Debe haber sido un juego, al menos al comienzo, inofensivo y sin riesgos, pues si Philip hubiera sospechado lo que sucedería en las horas siguientes, en ese mismo instante se hubiera olvidado de la mujer. Él no buscó su perdición, ni siquiera el riesgo; aunque luego, cuando llegó el momento y comprendió de qué hilo pendía su existencia, se expuso a este riesgo, y no dudó.

Lo cierto es que aquel martes, 11 de marzo a las cuatro y cuarto de la tarde, Philip, un hombre de cuarenta y tantos largos, un hombre pesado y que en los últimos años había perdido un poco la forma, estaba en un café

ubicado en el límite de la Ciudad Vieja esperando a un tal Hahnloser. Philip no lo conocía y sólo había oído decir que hacía poco su empresa de pintura había quebrado, razón por la cual debía vender un terreno que había pertenecido por generaciones a la familia, una parcela sin edificar en lo alto de un lago. El lugar del encuentro no era del agrado de Philip, él hubiera preferido la sala de reuniones de su empresa, pero como olía un negocio rápido que, calculaba, le podía rendir unos treinta mil, y como de todos modos a eso de las seis tenía que pasar por la casa de Belinda que no vivía lejos del café, había aceptado.

El local estaba ubicado en un palacio burgués del siglo XIX, un antiguo *grand hotel* de la época del ensanche de la ciudad, cuando se derribaron las fortificaciones de artillería y se rellenaron los terrenos costeros del lago. Oro y rojo terciopelo dominaban la atmósfera, una amplia escalinata conducía al entresuelo que balconeaba sobre el salón; en las mesas, madres con sus hijos frente a restos de dulces, vasos de melaza vacíos y tazas de café. Hahnloser se hacía esperar y Philip estaba tentado de pedir una porción de tarta de la vitrina, pero como sólo faltaban cinco minutos para la hora de la cita y de ninguna manera quería que lo sorprendieran con la boca llena, se conformó con un café al que le puso dos sobrecitos de azúcar. Diez minutos más tarde, empero, que le hubieran alcanzado para devorarse tranquilamente media tarta, no había ni señales de Hahnloser. Ninguna respuesta ni al llamado ni al mensaje de Philip. Tras confirmar con

Vera que el número de teléfono que tenía era el correcto, Philip se puso a leer las últimas noticias sobre el avión de Malaysia Airlines, un Boeing 777 que el domingo anterior había desaparecido en algún punto de la zona de los Rugientes Cuarenta con doscientas treinta y nueve almas a bordo, una tragedia en la que no podía dejar de pensar y que lo inquietaba. En Kuala Lumpur las autoridades no tenían la más mínima idea de lo que había sucedido con el avión. La búsqueda, que hora tras hora se ampliaba a nuevas zonas, no había arrojado ningún resultado. La lista de pasajeros incluía, aparte de chinos y malayos, también los nombres de dos austríacos, en realidad iraníes que iban a bordo con pasaportes falsos. Durante algunas horas se los había tenido por terroristas hasta que se había descubierto que eran inmigrantes ilegales, y tampoco esta huella condujo a nada. No se había encontrado restos del avión y las manchas de combustible en la ruta de Malaca correspondían al tránsito naviero habitual.

En un momento Philip decidió dar una vuelta por el local, pero no encontró a nadie que encajara con la descripción de Hahnloser. Cuando regresó a su mesa, habían retirado su taza y una mujer gorda de gorra celeste ocupaba su sitio. Un instante permaneció Philip allí indeciso y sin saber qué hacer hasta que finalmente tomó su portafolio, pagó en la barra, recibió el vuelto y salió a la calle.

Otra cosa que no me deja en paz es la ciudad en la que sucedió esto. Es la misma en la que vivo desde hace

veinte años, la que ya se ha vuelto familiar para mí y se ha convertido en mi ciudad. Cuando paso por los sitios por los que siguió su senda Philip, cuando veo los lugares donde se decidió su destino, esos sitios tranquilos y pacíficos, me doy cuenta de cuán improbable es hallar precisamente aquí una historia como esta. Los habitantes de esta ciudad son laboriosos y eficientes y no tienen tendencia a los extremos. La vida se desarrolla dentro de carriles tranquilos. Las luchas que se libran aquí difícilmente son ejemplares, y rara vez mortales. Si se trazara la curva de la vida de un habitante típico como una línea que uniera nacimiento y muerte, el resultado sería una línea llana, sin elevaciones ni hondonadas, un pausado, continuo bregar hacia el propio final, interrumpido aquí y allá por algunas anomalías, temblores por enfermedad o divorcio. Rara vez avanza hacia su fin aquí una existencia después de los cuarenta de otra forma más que apagándose paulatinamente, lo cual quizá sea la expresión equivocada, ya que presupone que allí antes ardió un fuego. En la llama de la pasión son pocos los que arden. Más bien es como si un globo medianamente inflado se fuera desinflando lentamente. Sí, también aquí existe miseria, como en todas partes, también aquí viven seres humanos que torturan y seres humanos que sufren. También aquí se oye hablar cada tanto de esos pobres ancianos que un día en su casa se tropiezan con un mueble, se caen, quedan tirados y, demasiado débiles para pedir auxilio, mueren deshidratados en su propio dormitorio sin que nadie se entere

hasta que se los encuentra, meses más tarde, porque en la casa se ha comenzado a sentir un olor dulzón. Pero sólo a los muertos se los olvida, mientras uno vive no pasa inadvertido. Nadie se puede esconder, y cuando se oye hablar de gente que se escondió durante años y hasta décadas de la policía, como ese criminal que vivía precariamente en una granja en el sur de Italia y desde allí dirigía su banda, valiéndose de notas escritas a mano, minúsculos papelitos en los cuales escribía con letra microscópica sus órdenes e instrucciones —qué novato debía ser incorporado a la organización, cuándo había que liquidar a un traidor y cómo había que resolver una disputa territorial—, aquí, en nuestra ciudad, siempre se reacciona con sorpresa y no se lo puede entender. Una persona que vive en forma tan poco llamativa daría que hablar, los rumores llegarían pronto a las autoridades, se lo descubriría. Aquí se está vigilante, aunque no por ello hay que creer que prestemos una especial atención o sintamos incluso un interés por nuestra ciudad o nuestros conciudadanos, no, en general es la indiferencia la actitud dominante, una forma cultivada, decorosa de ignorar cómo se encuentran los demás y cómo está uno mismo, y ya ciento sesenta años atrás en otro sitio se escribió sobre la gente de aquí, que puede contar con el máximo detalle todo tipo de fantásticas historias y leyendas sin saber, empero, cómo resultó ser que su abuelo se casó con su abuela. Desde entonces muchas cosas han cambiado, la ciudad se ha puesto en boga en el mundo, todo tipo de personal internacional pasa aquí un par de años durante

los cuales disfruta y hace ganancias sin pretender echar raíces, convertirla en su lugar.

Era improbable, pues, que alguien como este Philip pudiera elegir otro destino y en el transcurso de pocos días, por no decir de horas, llevara una sólida y asegurada existencia al borde de la propia destrucción. Hechos como estos uno podría imaginárselos en un entorno desgarrado por tensiones internas, con seres humanos acostumbrados a rupturas y pasiones en una sociedad donde los conflictos son parte de la vida cotidiana, ¿pero qué puedo hacer? Así fue, otra incongruencia más en la historia de Philip, y con ello debo vivir.

No obstante, es un hecho que también en mi ciudad comenzaron a cambiar las circunstancias. No fue ningún cambio radical manifiesto, aparentemente todo permaneció como antes, pero la duda se introdujo en la conciencia de la gente. La fe en el futuro había desaparecido; la confianza en el mañana con sus posibilidades, la convicción de poder ser el artífice del propio destino, de poder avanzar en el camino hacia la perfección, todo esto se había resquebrajado. Pocos lo expresaban, pero interiormente muchos esperaban que llegara el derrumbe, y en las aulas de las universidades y en las grandes oficinas, los trabajadores, los profesores y los empleados hablaban en susurros sobre la catástrofe que se avecinaba. No era en primer lugar a los malhechores, a los potentados a los que se temía, tampoco a los suicidas que se hacían estallar en lugares concurridos.

La violencia ya se conocía de antes, no veníamos de tiempos pacíficos. Lo que se había perdido era la fe en que la propia voluntad pudiera determinar el curso de los acontecimientos. Hasta los poderosos se veían débiles e indefensos. Todo parecía arbitrario y casual, y aunque la vida siguiera su curso ordinario, uno se sentía rodeado por un enemigo que rara vez poseía un rostro. Para unos, era el del hombre agotado y demacrado que en algún lugar de los suburbios, tras una larga huida a través del mar, se debatía en una cama cucheta en medio de pesadillas, recuerdos de la muerte y de la migración forzada; para otros, eran invisibles señores que urdían sus intrigas en cuartos traseros y preparaban la próxima conspiración. Se tenía miedo del futuro, la ligereza que no hacía mucho tiempo atrás había tendido la manta a cuadros sobre el florido prado primaveral se había desvanecido. Se había ingresado, así se leía en las columnas de los periódicos, en una época de transición cuyo fin, cuando fuera que este llegara, sólo podía significar una cosa: la caída del mundo tal como lo conocíamos.

Parado al sol Philip prendió un cigarrillo. Ese año el mes de marzo era inusualmente cálido, ya febrero no había visto ni nieve ni frío. Un frente del sudoeste hacía ascender el mercurio hasta los veinte grados, vientos del sur traían un calor húmedo y mohoso. En todo el invierno no había habido heladas que acabaran con los bichos e insectos, un aliento insalubre flotaba en el aire como si no fuera la primavera la que se anunciara

sino una febril enfermedad. Sobre la orilla del lago, una sola masa negra de gente, trazando círculos volaban las gaviotas; sobre las cubiertas de lona llenas de excrementos de los veleros amarrados se agazapaban hirsutos patos: a Philip le vinieron a la memoria las funestas noticias que llegaban del Cercano Oriente. De un día para el otro la gente se enfermaba, como aquel hombre de la provincia de Guandong al que habían internado en el Hospital Kwong-Wah de Hong Kong con alta fiebre, tos y dolores en los miembros. Se había contagiado a través de un pollo faenado que alguien de su familia había comprado en el mercado de Kaiping. Tras una tormenta de citoquinas y un edema pulmonar, sus órganos habían dejado de responder. Era el quinto caso fatal en poco tiempo. Todavía el contagio del virus era de los animales a los humanos, pero los médicos advertían sobre el germen más mortal desde que se había podido identificar la influenza, y era sólo una cuestión de tiempo hasta que mutara tanto que pudiera saltar de humano a humano y fulminar a esa mitad de la población que carecía de defensas.

Philip estaba informado con todo detalle al respecto, esto gracias a un amigo que siempre llevaba con él y al que casi minuto a minuto consultaba para ver si en el mundo había sucedido algo que pudiera ser de su incumbencia. Su compañero era un teléfono inteligente en el que escribía, leía y jugaba, y que recién hacía unos pocos años había emprendido su marcha triunfal alrededor del mundo. La relación que se tenía con estos dispositivos no estaba clara. Los que los desarrollaban

insistían en su filantropía, pero nosotros desconfiábamos de ellos, los teníamos por malhechores involucrados en un proyecto que tenía como meta la eliminación del ser humano. Pese a ello, eran los menos los que prescindían de los dispositivos; por el contrario, los usábamos continuamente, les íbamos cediendo espacio en cada vez más ámbitos de la vida. El trabajo sin ellos ya era algo prácticamente inconcebible, de igual modo en el tiempo libre, en lo relativo a la salud, y también cada vez más en el amor se les cedía el rol directivo; sumiso se dejaba uno llevar de su correa mientras sabía al mismo tiempo cuán poco probable era que ellos nos condujeran a la felicidad. Pero como habíamos perdido la confianza en nuestra propia libertad, ya no sabíamos en qué podía consistir nuestra dicha, permanecíamos conectados a estos dispositivos.

Cada época posee una herramienta de la que depende de modo fundamental. La Revolución Industrial es sinónimo de máquina de vapor, la Ilustración necesitó de la caja de tipos de imprenta, y así también mi época dependía de un aparato, aunque no era el teléfono inteligente, como creía la mayoría: era el cargador, un pequeño transformador con un cable que servía para cargar las baterías de ion-litio con las que funcionaban aquellos talentos universales. El cargador era algo pequeño y ordinario, del que casi no se hablaba; pero apenas faltaba, los teléfonos inteligentes morían de inanición, los seres humanos se quedaban sordos y mudos, aislados de los demás y prácticamente desvalidos.